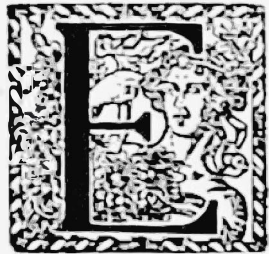


Luis Oyarzún

Sobre el escepticismo



El distinguido escritor D. Hernán Díaz Arrieta ha creído útil ampliar el comentario que sobre el libro «Idea de la Individualidad», de Jorge Millas, publicara en un diario de Santiago, y en el número de junio de la revista ATENEA ha expuesto su pensamiento aclaratorio, con el fin de disipar las dudas que en el ánimo de sus lectores había producido su anterior artículo. En efecto, el señor Díaz Arrieta manifestaba en su crónica periodística una profunda divergencia con las tesis de Millas y, a pesar de ello, le prodigaba palabras de elogio poco comunes, aparente contrariedad que, al decir de sus propios términos, produjo extrañeza en algunas personas. Y, aunque en el fondo no hay incoherencia ninguna en la conjugación de la disparidad intelectual y del elogio, el señor Díaz Arrieta estimó del caso dedicar a la «Idea de la Individualidad» otras cuantas páginas de examen.

En verdad, la obra en cuestión merece ampliamente la resonancia que ha tenido entre nosotros, y aun espera un análisis crítico maduro y competente, del cual, por cierto, no soy yo capaz. Sin embargo, me parece conveniente poner en claro algunas impropiedades de concepto y de lenguaje que obscurecen el texto del señor Díaz Arrieta, titulado «El Escepticismo, padre de la Ciencia y de la Libertad».

En primer término, quiero referirme a la notoria inseguridad con que el señor Díaz Arrieta se mueve en el plano filosó-

fico. Así como las ciencias especiales poseen un vocabulario técnico constituido por palabras nuevas o por viejas palabras del lenguaje común que adquieren otros significados, la filosofía dispone de una infinidad de términos que no podrían usarse impunemente sin tener una información exacta de su contenido filosófico. Así, por ejemplo, no podríamos leer con provecho a los filósofos actuales sin poseer primero un dominio, por lo menos elemental, de la terminología. De este modo, pienso que los errores e impropiedades de que adolece el artículo del señor Díaz Arrieta se derivan de un desconocimiento inicial de la acepción en que han sido tomadas ciertas expresiones que pudieran considerarse técnicas. Me refiero especialmente al término *escepticismo*, fundamental para el entendimiento del Capítulo I de la obra de Millas, y en torno del cual gira, por otra parte, el artículo del señor Díaz Arrieta. «Un escéptico es un hombre que duda. Pensó, afirmó, se engañó: vió que se había engañado y se dijo: —Puedo engañarme otra vez; hay que andar con prudencia.— Nada más. Yo soy ese tipo de escéptico», dice. En verdad, se trata en este caso de un tipo muy particular de escepticismo y, si el señor Díaz Arrieta se limita a ser lo que él describe, no es un escéptico en sentido estricto, sino simplemente un hombre cauteloso. Hombres cautelosos como él son, efectivamente, los que han hecho la ciencia, y tal cautela, que es una de las características del espíritu científico, es lo que se ha denominado escepticismo metódico. El hombre que pretende ser rigurosamente objetivo comienza su investigación poniendo en duda los datos primarios de la conciencia y, como Descartes cuando buscaba la evidencia de su existir, hace un inteligente empleo de la duda metódica. En tal sentido, podría afirmarse que el escepticismo es el padre de la ciencia, aunque bien pudiera utilizarse para ello una palabra más expresiva y menos ambigua, y decirse, verbigracia, que la duda es la madre de la ciencia, si es que a ésta queremos darle una ascendencia un tanto unilateral. Ahora bien, ¿es este el sentido que

Millas da a la expresión escepticismo en el Capítulo I de la «Idea de la Individualidad»? Una superficial revisión de la terminología filosófica basta para revelarnos que la palabra tiene una acepción gnoseológica más importante y que, en este sentido, sirve para designar una posición de principio que consiste en negar la posibilidad del conocimiento o, por lo menos, la posibilidad de cierto tipo de conocimiento, lo cual quiere decir que el escepticismo no es sólo el hombre que duda sino también, y más bien, el hombre que hace profesión de negar la verdad. Para el escéptico radical nada existe fuera de la conciencia; ni mundo ni valores, y, por eso, la única conducta razonable es la absoluta abstención de todo juicio. ¿Podrá entonces decirse propiamente que es el escepticismo el padre de la ciencia? Mas, bien sabemos que el señor Díaz Arrieta no es un escéptico radical, puesto que no ha cegado en él la facultad de juzgar, y puesto que hace el panagírico del escepticismo como padre de la ciencia, es decir, de un saber que a él le parece por lo menos probablemente verdadero. Lo absurdo no está en su defensa del escepticismo o, mejor, de la duda metódica como auxiliar en la conquista de la verdad, sino en su idea de que alguien, en este caso Millas en su obra, ha atacado a tal especie de escepticismo que, precisamente, presupone una fe previa en la existencia de la verdad.

¿A qué tipo de escepticismo se ha referido el autor de la «Idea de la Individualidad»? Una pulcra lectura de su obra no deja lugar a dudas: el escepticismo del resentido, y no al resentimiento del escéptico, como parece suponer el señor Díaz Arrieta—y no es pequeña la diferencia—, es un escepticismo axiológico, vital:

«La presencia enquistada del mundo exterior en el alma resentida crea un tipo de afectividad sui generis, tipo que se caracteriza por la pérdida de la *sensibilidad estimativa*». (pág. 36). «El resentido carece de la capacidad estimativa. Las cosas, o gran parte de ellas, no tienen para él un mágico sortilegio de

atracción, y su conciencia, por lo tanto, no siente al amor ni percibe los valores» (pág. 36). «La aversión del resentido no se dirige tanto a la materialidad, como al rango de dignidad o de valor de las cosas, y, por lo mismo, más que a destruirlas, tiende el resentimiento a bajarlas de nivel, a degradarlas (pág. 37).

«Por eso el resentido tiende naturalmente a la postura escéptica: ella le sirve de manera muy eficaz para trastocar el estatuto de los valores reales, degradando el más excelente de todos: el estatuto de la verdad. Originariamente, llámase escéptico al individuo que, provisto de una extremada cautela para creer, hace de la duda actitud intelectual casi sistemática. El escéptico carece de convicciones, y no sólo por haber dejado de adquirirlas, sino por faltarle la convicción inicial, aquélla que es fundamento de todas las demás: la confianza es la verdad misma, la creencia en la posibilidad de su existencia y aprehensión. En principio, el escepticismo es, según se ve, una disposición del intelecto, y no compromete del ser sino su entendimiento discursivo» (pág. 38).

«Pero hay una especie muy singular del escepticismo que, aunque similar a la anterior, difiere de ella por su significación y su génesis. Se trata de un escepticismo filtrado hasta los soterraños del alma, y que de simple régimen del intelecto se ha transformado en modalidad de la vida» (pág. 38).

«Se trata de un escepticismo vital, cuya propiedad más importante es, sin duda, la anomalía en la percepción axiológica, en la sensibilidad para los valores, en la propensión estimativa» (pág. 39).

«Desde el punto de vista de su comportamiento, el escéptico es el hombre no sólo sin convicciones, sino además sin necesidades, el hombre que al par de dudar, nada necesita, ni siquiera la solución de su duda» (pág. 40).

Después de esta larga cadena de citas, que me perdonará el lector, en homenaje de poner en claro el origen de los erro-

res del señor Díaz Arrieta, nos hallamos en situación de poder extraer algunas conclusiones importantes:

En primer término, antes que del escéptico en general. Millas habla de un determinado tipo de escéptico: el resentido. No todo escéptico es un resentido, y aun puede darse el caso de resentidos que no sean escépticos, si bien el «resentido tiende naturalmente a la postura escéptica». El señor Díaz Arrieta no reparó en la naturaleza de esta relación e invirtió los términos, como lo prueba afirmando: «Jorge Millas ataca la posición del escéptico, a quien considera un resentido». Naturalmente, era al revés. Con esta mala interpretación, casi diríamos que la totalidad de sus argumentaciones falla por su base, puesto que el señor Díaz Arrieta parte de allí para defender a su escéptico de imputaciones que, en rigor, el presunto atacante no le ha hecho. Ha cometido, pues, un error inicial imperdonable.

Sin embargo, sigámosle. Al fin y al cabo, el resentido es un escéptico y de algún modo podría ser reivindicado por la defensa que del género hace el señor Díaz Arrieta. Mas, nos preguntamos, ¿en favor de qué escepticismo combate? Ya lo hemos advertido al comenzar: en favor de aquel escéptico que hace de la duda un método para llegar a la verdad. Es decir, en favor de un escéptico que, en el fondo de su alma, no es escéptico, puesto que su duda no es otra cosa que un instrumento puesto al servicio de la verdad que él busca con pasión. En favor de un escéptico que duda para creer mejor. ¿Se ha referido Millas a este bello ejemplar de escéptico? Por las citas que he traído a colación, bien se ve que no. El resentido es un *escéptico vital*, cuya propiedad más importante es, sin duda, la anomalía en la percepción axiológica, en la sensibilidad para los valores, en la propensión estimativa. Hay, pues, diversas clases de escépticos, y en el curso de estas líneas han salido a relucir por lo menos tres: un escéptico metódico, que defiende el señor Díaz Arrieta, y que confiesa ser él mismo; un escéptico

radical o sistemático, de carácter gnoseológico y metafísico, que niega la verdad, la posibilidad de todo conocimiento, y hasta la realidad del mundo, y un escéptico axiológico o estimativo, que niega la realidad y vigencia de los valores. Y aun hay otros tipos de escepticismo, que registra la historia de la filosofía: un escepticismo académico o moderado, como el de Arcesilao o Carnéades: un escepticismo ético mucho más restringido, como el de Montaigne o La Rochefoucauld: un escepticismo relacionado con el puro saber metafísico, que se conoce con el nombre de positivismo, al cual tal vez adhiriera el señor Díaz Arrieta; un escepticismo religioso, el de Spencer, denominado agnosticismo, etc. ¿A qué especie de escepticismo se refiere el señor Díaz Arrieta? ¿O es que su escepticismo no es tal sino subjetivismo o relativismo, o sea, doctrinas diversas, aunque emparentadas con él? Líbreme Dios de pensar que él ignora estas distinciones elementales, que no son sutiles, que conocen todos los estudiantes de filosofía y que aparecen expuestas, en forma escolar, por ejemplo en el manual de «Teoría del Conocimiento», de J. Hessen, obra usada por los alumnos de nuestros cursos universitarios. No obstante, no puedo dejar de anotar la evidente impropiedad con que él usa la lengua y, por ende, el pensamiento filosófico. Su impropiedad es causa de confusión. Así, a través de su exposición crítica me da a ratos la idea de estar aplaudiendo, como decía anteriormente, el escepticismo metódico. Pero a ratos también, me da la impresión de estar sustentando una posición bastante más delicada: la del hombre que nada cree, la del hombre que juzga imposible llegar a la verdad y que, desde el punto de partida, aun antes de hacer nada por llegar a ella, se cruza de brazos diciendo: «En primer lugar, dudo de todo. La verdad es una quimera. Tal vez yo la posea con mis pensamientos, pero también es posible que ella esté en lo que dice mi adversario». Faltaría en él, entonces, esa fe inicial que falta en el escéptico, la confianza en la verdad misma y, teóricamente, la actitud que

con justicia debería esperarse de él sería la abstención de todo juicio. Mas, como en la vida concreta «la humanidad vive sumergida en un océano de espesas certidumbres, y el primer movimiento de la inteligencia, el impulso original, instintivo de la mente consiste en creer, en aceptar, en conformarse» y como «la crítica viene después y es un producto rarísimo y superior que halla por todas partes resistencia», el señor Díaz Arrieta comienza creyendo, y hasta creyó en otro tiempo «cosas inmensas e indiscutibles», en las que desgraciadamente no cree ya, porque ha surgido en él ese «producto rarísimo y superior» que es la crítica, nada de constructiva en su caso, puesto que solamente logra hacerle dudar de todo, hasta de ese determinismo, en el cual, a pesar de su duda universal, cree muchísimo.

Es terrible la función que desempeña su crítica, ese producto que, en verdad, es rarísimo y superior, porque permite desembarazarse de muchos prejuicios y falsedades y acercarse a la verdad. Es terrible porque en él no opera como en Kant, al servicio de una concepción sólida del espíritu y del mundo, sino al servicio de la duda, y la duda que se queda en sí misma es el germen del caos y la negación de la vida. Su crítica es sólo el arma implacable del hombre que a todo pensamiento antepone un signo de interrogación, el ácido corrosivo del hombre para quien no existe la historia de las ideas, puesto que a todos habrá de encerrarlos en sus sarcásticas interrogaciones. Sin embargo, y por fortuna en este caso, el señor Díaz Arrieta es enemigo de los extremismos, y por eso su crítica se desvanece en ocasiones, para ceder su sitio a la pura satisfacción estética que lo bello y la elevación del alma le provocan. Frente a esas realidades superiores, la belleza del arte y la belleza del alma, olvida su signo de interrogación y suspende por un instante, a pesar suyo, su S.E. u O.

El mismo nos dice que el escepticismo es medicina en pequeñas cantidades y veneno en grandes dosis, es decir, que es bueno dudar un poco y malo dudar mucho. Su falla está en

que no se puede hablar así, en vagos términos de cantidad, de un concepto bien definido por la filosofía. Los escepticismos son cualitativamente diversos y, aun cuando pudieran a veces admitir gradaciones en su intensidad, es siempre no sólo útil sino necesario precisar a cuál especie se alude. Por eso, a pesar de haber leído y releído su artículo, no sé a qué atenerme respecto a la filiación del escepticismo del señor Díaz Arrieta. Según los momentos, le convienen nombres diversos: desencanto, prudencia, pesimismo, cautela, hasta tolerancia, cuando ataca a las dictaduras y define la democracia liberal, y hasta piedad, cuando se conmueve con los delincuentes.

No es, pues, el escepticismo así, en globo, el padre de la ciencia. La duda tal vez lo fuera, aunque siempre estaría mejor decir la curiosidad, esa virtud de las almas jóvenes, en él tan disminuída. La curiosidad, esto es, el afán entusiasta por llegar a esa verdad que está detrás de las simples apariencias.

Se equivoca el señor Díaz Arrieta cuando identifica la fe que se pone en algo con la precipitación y la carencia de toda duda. Si él, muy justamente, no se cree infalible, de seguro Jorge Millas tampoco se cree infalible y, como él, ningún filósofo ni hombre de ciencia. Todos han hecho un buen empleo de la duda: ningún pensador responsable se lanza a la palestra con la primera idea que se le viene a la cabeza, aceptada y devorada sin más ni más, sin crítica. La diferencia que hay entre ellos y el señor Díaz Arrieta está en que dudan porque piensan que el espíritu humano sólo puede llegar a la verdad haciendo un prolijo examen de sus medios y de sus posibilidades. En cambio, el señor Díaz Arrieta juzga imposible la aprehensión de la verdad y su posición, junto con ser más cómoda, es de un rango axiológico inferior, puesto que quien la sostiene no ha hecho nada por conseguir eso que juzga imposible.

II

A juicio del señor Díaz Arrieta, la filosofía no es una ciencia experimental. Si damos a esta última expresión su sentido clásico, nadie piensa que lo sea, y, aun más, en rigor tampoco debe considerarse como ciencia. Por otra parte, del hecho de que la filosofía no sea una ciencia experimental no se infiere necesariamente la conclusión de que sus resultados hayan de ser siempre inseguros. Las matemáticas y la lógica tampoco son ciencias experimentales, y no por eso sus proposiciones son menos firmes. Y, si reflexionamos acerca de las leyes de las ciencias experimentales, podemos descubrir también un hecho importantísimo: las leyes a que esas ciencias llegan no poseen un carácter de lógica necesidad, son siempre contingentes, es decir, nada nos permite asegurar que seguirán cumpliéndose invariablemente. ¿No conoce el señor Díaz Arrieta el problema del fundamento de la inducción?

Si bien la filosofía es y ha sido siempre más que nada un conjunto de problemas, que podrían considerarse eternos, aunque no arbitrarios y entregados al libre juego de las opiniones, como parece creer el señor Díaz Arrieta, hay en su seno ciertas cuestiones que deben estimarse definitivamente resueltas, ciertas adquisiciones de valor permanente, de las cuales no se podrá en adelante prescindir. Por ejemplo, el carácter de intencionalidad de la conciencia, descrito por Brentano, o los axiomas referente a los valores.

III

Dice el señor Díaz Arrieta que Millas entona «loas líricas» a la libertad y agrega que se comporta lógicamente al atacar el escepticismo y ensalzar la libertad, porque al fin y al cabo «él es ante todo poeta, y el escepticismo y el determinismo son conquistas intelectuales profundamente anti-poéticas o que tie-

nen otra clase de poesía». «Un hombre sensible, de sentimientos delicados, poseído por el entusiasmo juvenil, difícilmente acepta o puede soportar la posición escéptica y en cambio tiene que sentirse poderosamente seducido por la idea de ser libre».

Bien claramente se ve que el señor Díaz Arrieta atribuye la posición filosófica de Millas a la acción deformante de su espíritu poético y juvenil. Creo que también en este punto ha incurrido en un grave error de apreciación. La belleza de la forma literaria no se opone en modo alguno al rigor de la exposición científica o filosófica. Ni tampoco se opone a éste el calor de convencimiento, la fe central que Millas pone en su meditación del hombre. Es la suya una filosofía viva, llena de sangre y de palpitaciones cordiales. No es, pues, una filosofía hecha tan sólo con la razón y con materiales abstractos, pero sí, y esto es lo importante, es una filosofía dirigida por la razón y cristalizada por la inteligencia. Justamente el pensador argentino Francisco Romero ha manifestado su complacencia ante el hecho de ver cómo en la obra de Millas se aúnan las experiencias personales y profundas, las vivencias, y las exigencias del pensamiento especulativo. Y, por lo demás, aunque tal cosa no deja de ser rara en América, donde los artistas no son por lo general hombres de pensamiento ni los filósofos temperamentos artísticos, ello no presenta ninguna novedad, si se piensa en los ejemplos excelsos que nos suministra la historia de la filosofía: Platón, Plotino, San Agustín, Pascal, William James, Kierkegaard, Bergson, para no citar sino a algunos de los más ilustres, fueron pensadores geniales y grandes escritores al propio tiempo. Y nadie podría decir que su espíritu artístico actuaba como lente deformante sobre sus ideas, por la sencilla razón de que a la filosofía hay que considerarla como fruto de toda el alma, y no sólo de la razón racionante. Creo, por otra parte, que la gran filosofía y la gran poesía están mucho más cerca de lo que se piensa comúnmente.

Considera, además, el señor Díaz Arrieta que la afirmación de la libertad es el producto de un entusiasmo juvenil, con lo cual casi llega a decir que se trata de un arrebatado pasajero, que será seguramente apagado con la experiencia y con los años. ¿Procedía acaso arrastrado por un ímpetu de adolescente el septuagenario Kant, cuando afirmaba que el espíritu es el reino de la libertad? Y, ya que hemos nombrado al gran maestro de Koenigsberg, vale la pena recordar que el Prefacio de la Primera Edición de «La Crítica de la Razón Pura» es una página magistral de elocuencia y exaltación filosóficas, hasta el punto de ser conmovedora. Tal vez el señor Díaz Arrieta la calificaría también de «loa lírica».

IV

«La libertad proviene del escepticismo, no existe sin el escepticismo», dice el señor Díaz Arrieta. Naturalmente, no sabemos a qué escepticismo se refiere, pero lo más grave del caso es que tampoco sabemos a qué libertad alude. ¿A las libertades públicas o a la libertad del alma, que nada tiene que ver con aquéllas? A primera vista, parece pensar en la libertad política, pues nos habla de la tiranía de la iglesia, de la tiranía de la Revolución Francesa y de la tiranía Comunista. Pero luego, «escépticamente», suspendemos nuestro juicio, porque el señor Díaz Arrieta dirige sus fuegos contra el testimonio de la conciencia, que nos asienta en la creencia de ser libres.

Nuevamente, entonces, ha incurrido nuestro autor en imprecisiones de concepto que lo hacen caer en lamentables confusiones. En efecto, el problema psicológico y metafísico de la libertad no tiene nada que hacer con el problema político de la misma, y si Millas, al final de su obra, escribe un capítulo sobre «La realidad del Estado», en el cual se pronuncia abiertamente contra la filosofía totalitaria de la vida, lo hace, no porque considera amagada la libertad íntima por los regímenes

fascistas, sino en relación con su filosofía de la persona humana y de las fuerzas de impersonalización. Ninguna dictadura podría amenazar a nuestra libertad psicológica y, por lo tanto, las llamadas libertades públicas son algo de bien distinta naturaleza.

Cuando el señor Díaz Arrieta nos habla del escepticismo como padre de la libertad, se refiere más bien a la tolerancia y al respeto por las ideas. Si damos a la palabra escepticismo cualquiera de sus sentidos filosóficos, no cabe de ningún modo decir que de él depende la libertad política. Las libertades públicas de que gozamos en Chile, ¿serían acaso una consecuencia del escepticismo de nuestros gobernantes? Me parece arriesgado afirmarlo. Para fundamentar su aserto, el señor Díaz Arrieta apela al sentido común, lo que no deja de ser extraño, ya que después niega valor al testimonio de la conciencia. ¿O es que el sentido común, que siempre opera sobre cosas distintas a él mismo, le parece una fuente de conocimiento superior a la conciencia que, precisamente, cuando nos suministra un conocimiento indiscutible, es capaz de suministrárnoslos porque en ella el objeto y el sujeto del conocimiento se confunden? Por otra parte, bien poca cosa es lo que puede decidir el sentido común cuando se le presentan problemas cuyos términos se encuentran impropriamente empleados. Hay cuestiones de suyo tan delicadas que resulta peligroso apelar para su resolución al fallo del sentido común. El vulgo es incapaz de resolver los problemas filosóficos a puros golpes de sentido común o buen sentido, aun dejando aparte el hecho de que no siempre los sentidos comunes se ponen de acuerdo. Pero, aun aceptando el llamado del señor Díaz Arrieta, si de la libertad interna se trata, me parece que a nadie le dirá su sentido común que está rigurosamente determinado y que su ser no es más que un eslabón en una interminable y mecánica cadena de causas y efectos.

El sistema liberal—dice el señor Díaz Arrieta—descansa también sobre el escepticismo. Y, para ilustrar su aserción, pone como ejemplo la prudente actitud de los hombres que ejercen su autoridad, los cuales, antes de condenar a sus adversarios, los escuchan, ¿Será el escepticismo, podemos preguntarnos, lo que mueve a los gobernantes liberales a escuchar las razones del adversario? ¿No será más bien el espíritu de justicia, al que ellos prestan acatamiento? Y, si es el espíritu de justicia el que dirige sus acciones, como parece serlo, pueden ser ellos cualquier cosa menos escépticos, pues el escéptico se caracteriza por negar la realidad de los valores, y la justicia es su valor.

Señala el señor Díaz Arrieta una contradicción, de carácter político, en que incurría Jorge Millas, al declararse socialista de convicciones, después de hacer la defensa de la persona. Lamento verdaderamente que una especie de geniecillo maléfico haya desbarajustado en él el sentido de las palabras al concebir su artículo. No hay contradicción ninguna entre el personalismo filosófico que Millas sostiene y una posición colectivista en el plano de la organización económica, Aun bajando a la esfera estrictamente política en que el señor Díaz Arrieta se coloca, no hay contradicción lógica tampoco entre el liberalismo político y el colectivismo económico. Hay, sin duda, innumerables dificultades prácticas en el camino de esta conjunción, pero no se ve por qué vayan a ser insuperables. Más todavía: si de una filosofía basada en el respeto por la persona humana, necesariamente tenemos que pronunciarnos en contra del clásico individualismo social—y por eso Millas prefiere hablar de personalismo—, y en favor de una organización social más justa, seguramente de carácter colectivista. Por algo la miseria de millones de hombres es una afrenta a la dignidad de la persona humana. El respeto por ésta no significa indiferencia de todos para con todos sino justamente lo contrario. Creo, por otra parte, que uno de los méritos mayores de la «Idea de la Indi-

vidualidad» está en la solución que Millas propone para el viejo problema, insatisfactoriamente resuelto por el marxismo, de la unión de una filosofía espiritualista y una concepción revolucionaria, colectivista, en la organización social.

Tal vez el más importante de los errores que el señor Díaz Arrieta comete en su artículo es la negación del testimonio íntimo de la conciencia. «¿Qué vale — dice — el testimonio íntimo de la conciencia? Antes de saber, de pensar, de dudar, mi conciencia íntima, corroborada por el testimonio de mis sentidos, me dice que la tierra es plana y que los antípodas no existen . . .». «Continuaría diciéndolo aún si no existiera el escepticismo, la facultad de dudar del testimonio íntimo de la conciencia y del aserto de los sentidos».

El señor Díaz Arrieta niega el testimonio de la conciencia basándose en hechos que no vienen al caso: por estar situados en un plano muy diverso de aquel en que se encuentra la libertad, que ha sido afirmada en virtud de ese testimonio. En efecto, no tenemos por qué conceder a la conciencia un valor que ella no tiene en lo concerniente al conocimiento de una realidad trascendental como el mundo físico. Nadie, desde la época de los pre-socráticos, ha sostenido en filosofía cosa semejante. Es, pues, un absurdo concebir que Millas participa del dogmatismo ingenuo de los primeros filósofos, para quienes representación consciente y realidad exterior se confundían. Su posición es otra, muy diversa. En su propósito de dilucidar el problema de la libertad, apela legítimamente al testimonio de la conciencia, y se limita a hacer una exacta descripción de la experiencia, de la apariencia psicológica y, por lo tanto, no abre una vez más el viejo debate metafísico entre libre-arbitrista y determinista. Dice entonces: «Dentro de nuestra experiencia interna somos testigos de nuestra propia libertad» (pág. 59). Para el señor Díaz Arrieta esta experiencia interna no es más que «engañosa apariencia», al igual que tantas otras, como la naturaleza plana de la tierra, por ejemplo. El propio Millas

puede contestarle: «La verdad es que con el concepto de apariencia, peyorativamente manejado, se elude lo que hay de fundamental en el problema: a saber, que la vida del hombre no es otra cosa que la que él vive, que la que él se da como conciencia de libertad, y que, en cuanto a esa conciencia, no puede ser otra cosa que apariencia, pues si no nos apareciese no existiría, *por no tener otro modo de existir los fenómenos psíquicos que la apariencia; en su apariencia, en efecto, está todo lo que son; su apariencia es una realidad, desde que aparecer es ser para la conciencia, y ellos son tales fenómenos en cuanto lo son para ella» (págs. 61 y 62).

«Otra cosa es preguntarse si a la experiencia subjetiva de libertad corresponde una libertad exterior, una libertad en sí; una indeterminación de los fenómenos considerados unos en relación con los otros. Mas, si queremos atenernos estrictamente a los hechos, sacrificando aún las teorías más preciadas, veremos que tal pregunta carece de sentido. Desde luego, ¿cómo habríamos de resolver una cosa que, para establecerla, nos exige salir de la conciencia y, por lo mismo, de los límites de la única experiencia posible?» (pág. 62). «El acto libre, en la medida en que es libre, es un hecho psíquico y, como tal, subjetivo. Su realidad verdadera está en el hecho de su apercepción por la conciencia».

Hay, pues, ciertas realidades que no se dan sino en el ámbito de la conciencia, y la libertad es una de ellas. ¿Será, entonces, desdeñable, en este caso, el testimonio de la conciencia?

El valor de ese testimonio, por consiguiente, se refiere en forma decisiva a aquellas realidades inmanentes a la conciencia misma, y no al mundo que está fuera de ella, al mundo trascendente.

Además, el señor Díaz Arrieta, en especial en su artículo anterior, cree incompatible la libertad psicológica con el principio de causalidad y con el postulado del determinismo universal, que están en la base de la ciencia. Los que defienden

la libertad de ningún modo desconocen ni a uno ni a otro principio. Simplemente afirman que en la serie de las causas y de los efectos la voluntad humana ejerce una actividad creadora, que ella es una de esas causas.

«El determinista, dice el señor Días Arrieta, buen escéptico, se inclina a la modestia. No se considera el origen de nada sino la consecuencia de todo. La tentación del orgullo no lo conmueve». Aquí, como vemos, ha confundido la modestia con la inercia. Un hombre que se considera incapaz de originar nada, que no origina nada, más que un hombre modesto es un hombre inerte e infecundo.

Hace también el señor Días Arrieta una disquisición encaminada a demostrar la ineficacia del libre arbitrio en el tratamiento del problema penal. La teoría del libre arbitrista, afirma, excluye teóricamente la piedad. En cambio, el determinismo exige la piedad, y el castigo asume el carácter de represión y prevención. «El libre arbitrista, en realidad, no debería castigar para prevenir ni para reprimir, porque el que, libremente, ha cometido un delito, sigue siendo libre para no volver a cometerlo y, entonces, ¿qué se previene? ¿qué se reprime? El determinista, desde su posición, sabe que el que ha cometido un acto volverá a cometerlo; y si no lo sabe, lo presume y, de ahí, el castigo, que cambia de nombre y se llama, como en las enfermedades, remedio, reforma, readaptación».

Las líneas anteriores demuestran desconocimiento de algunas importantes nociones de ciencia penal. En efecto, los librearbitristas de la llamada escuela clásica persiguen antes que nada, al castigar, el restablecimiento del equilibrio moral interrumpido y, secundariamente, considerando a la pena como una medida ejemplarizadora, la disminución de la delincuencia por la intimidación. Por otro lado, nadie ha sostenido nunca, ni los más obcecados representantes de la escuela positiva, que todo delincuente, por el hecho de haber cometido una vez un delito, seguirá cometiéndolo indefinidamente por el resto de sus días,

como parece suponerlo el señor Díaz Arrieta. Además, los deterministas, que tratan, haciendo uso de esa piedad que les asigna nuestro autor, de conseguir la readaptación del delincuente, ¿cómo puede explicar la eficacia de sus métodos sin aceptar el poder creador de la voluntad humana? En seguida, el señor Díaz Arrieta no debe olvidar que los penalistas de la escuela positiva, entusiastas sostenedores del determinismo, consideraron siempre al delincuente como un ser anormal, con sus funciones psicológicas y hasta biológicas alteradas, y que, por lo mismo, no es correcto hacerlo intervenir en un ejemplo relativo al problema de la libertad.

V

Me resolví a escribir las consideraciones anteriores movido por una finalidad bien definida: mostrar, a través de las inexactitudes de un respetado y respetable crítico literario, la delicadeza del oficio crítico en la filosofía. Me parece indiscutible que para ejercerlo se requiere, si no ser filósofo, disponer por lo menos de una sólida información filosófica y científica. No basta poseer una extendida cultura literaria. Es menester mucho más. La filosofía contemporánea ha abordado con rigor extremo ciertos problemas que épocas anteriores no habían desarrollado con tanta amplitud o con los mismos términos. Por eso, para una adecuada inteligencia de los filósofos actuales, se necesita recorrer, siquiera en las exposiciones fundamentales sobre la materia, su mismo camino. Por otro lado, cada día se hace más indispensable una firme ilustración científica si se quiere penetrar en el recinto de la filosofía. No es que ésta haya querido hacerse difícil: es que los problemas son complejos y exigen, de parte de aquellos que los enfrentan directamente, la entrega de la vida, y de parte de los que los contemplamos desde lejos, un estudio acucioso. Paradójicamente, la filosofía, que se alza por encima de todas las disciplinas es-

peciales como una ciencia de los principios, requiere de una especialización también.

El señor Díaz Arrieta califica de «ingenua y primitiva» a la filosofía de Millas. Creo que tales adjetivos corresponden mejor a quien aborda temas delicados sin la necesaria competencia. Esta vez, su escepticismo lo ha hecho violentar el saludable principio de autoridad.

Las impropiedades del señor Díaz Arrieta me parecieron graves, precisamente por venir de quien venían y por la resonancia intelectual que tienen sus escritos. Estimé que sus palabras podrían inducir a error al juicio público, por lo menos a los que no se hallan suficientemente enterados de las discusiones filosóficas. Tal es la razón de este artículo, y en él no digo más que cualquier otro estudiante de filosofía hubiera podido decir.